

## FRAY AGUSTIN DE BETANCUR O VETANCOURT

Criollo nacido en México el año de 1620 y ahí fallecido hacia 1700, cuando pasaba de los ochenta años de edad.

Catedrático de filosofía, teología y gran lengua mexicana. Fue cura de la Parroquia de San José. Escribió: *Arte para aprender la lengua mexicana* (1673); *Luz para saber andar las estaciones de la Vía Sacra...* traducido en lengua mexicana, y el cual fue varias veces editado, *Sermones*, en náhuatl, *Vida de San José y San Juan Bautista* (en náhuatl), *Manual para administrar los sacramentos* (1674); *Vida de San Antonio de Padua* (1682), *Elogio fúnebre de la reina doña María de Austria* (1696), *Oración pronunciada en celebridad de la Bula de Inocencio XI a favor de la Congregación de los Belemitas* (1697), *Cronografía Sacra* (1696). Su obra más famosa es el *Teatro Mexicano: descripción breve de los sucesos exemplares, históricos, políticos y religiosos del Nuevo Mundo Occidental de las Indias*, publicado en 1698. Una parte de esta misma obra la imprimió en 1697 con el título *Crónica del Santo Evangelio de México*, la cual acompañó de un *Menologio franciscano de los varones más señalados que con sus vidas exemplares ilustraron la Provincia del Santo Evangelio de México*.

Su obra, rica en información de primera mano, sigue en cuanto a su estructura a la de Torquemada, siendo más ligera y concisa. El *Teatro Mexicano* ha sido reeditado en Madrid, 1960 dentro de cuatro volúmenes de la Colección Chimalistac de libros y documentos acerca de la Nueva España que editaba nuestro llorado amigo José Porrúa. Acerca de su obra, Román Beltrán, "Fr. Agustín de Vetancurt. Arte de lengua mexicana" *BBSHCP*, No. 22, 11 dic. 1954, p. 4.

Fuente: Fr. Agustín de Betancourt (o Vetancurt), O.F.M. *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*. Cuarta parte del *Teatro Mexicano*. 4 v., México, Imprenta de I. Escalante, 1871. III-3-17.

### LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS

Tuvo principio la Provincia del Santo Evangelio el año de 1524 con la venida de los doce miembros fundadores religiosos de la regular observancia de los frailes menores de nuestro Padre San Francisco, que con letras patentes del reverendísimo padre fray Francisco de los Angeles, ministro general de toda la Orden, que después fue Cardenal, de la casa del conde

de Luna, por otro nombre de Quiñones, y con dos favorables breves apostólicos concedidos: el uno por Leon X, año de 521, que habla con fray Juan Clapion y con el reverendísimo fray Francisco de los Angeles, que estuvo nombrado para venir y se lo impidió la elección de su persona en general; y el otro breve de Adriano VI a instancia del invictísimo emperador Carlos V, año de 522, en que su Santidad les concede su autoridad omnímota —in utroque foro— cuanta pareciere convenir para la conversión de los naturales y manutención de la fe católica.

Salieron trece religiosos: fray Martín de Valencia, legado apostólico y prelado; fray Martín de la Coruña, alias de Jesús; fray Francisco de Soto; fray Antonio de Ciudad-Rodrigo; fray Toribio de Benavente; fray Juan de Rivas; fray García de Cisneros; fray Juan Juárez (a quien llaman Gonzaga en el convento de Belbis fray Alonso); fray Luis de Fuensalida; fray José de la Coruña; fray Francisco Jiménez, corista; fray Bernardino de la Torre, y fray Andrés de Córdoba, lego: los primeros once profesos en la Provincia de Santiago, que se habían pasado de la fundación de la Recolectión a la Provincia de San Gabriel. Salieron del convento de Santa María de los Angeles, primer convento de la Provincia de San Gabriel, y fueron al de Belbis a despedirse y por algunas cosas necesarias para el viaje: llegaron a Sevilla tres días antes de la Concepción, donde la víspera llegó el general de la Orden, despacharon a fray José de la Coruña por algunos despachos y se quedó el religioso lego. Fray Bernardino se excusó de venir, y en su lugar hicieron elección de otro, que era portero en el convento de Sevilla, fray Juan de Palos, porque hubiese en aquel apostolado otro Matías en la subrogación de persona para llenar el número. De allí, recibida la bendición, se fueron a San Lúcar, donde el marte 25 de Enero (día de la conversión de San Pablo) se embarcaron; que si venían a convertir almas y eran vasos de elección que traían el nombre de Cristo para dilatar su fe, había de ser tal día.

Llegaron a la Isla de la Gomera viernes 4 de Febrero, donde fueron de la condesa regaladas, cantaron el sábado misa de nuestra Señora y comulgaron todos los que iban, y volvieron a embarcarse. Llegaron a Puerto Rico a 3 de Marzo, donde estuvieron diez días, y a 13 (en que cayó la dominica in passione) se embarcaron. Llegaron a Santo Domingo de la Isla Española, miércoles santo, a 23 de Marzo, y por el santo

tiempo estuvieron hasta mediados de Abril. Embarcáronse y llegaron a fin de Abril a Cuba al puerto de la Trinidad, donde pasados tres días se embarcaron y llegaron al puerto de San Juan de Ulúa, víspera de la vigilia de la Pascua de Espíritu Santo, en 23 de Mayo, y por esto dice el ilustrísimo Gonzaga que tuvo su principio esta provincia en la vigilia —vigiliae— del Espíritu Santo. ¡Feliz, pues si salieron día de la Conversión del Doctor de las Gentes, llegan día en que bajó el Espíritu Santo sobre las apostólicas cabezas en forma de lenguas para que predicasen por el mundo! Luego que el invicto Cortés tuvo la nueva, despachó orden para que se les diese por el camino lo necesario.

Pasaron por Tlaxcala, y viendo el día de feria tanta gente, dieron gracias a Dios de que les pusiese delante tan copiosa mies, y no pudiendo predicarles en su idioma, por señas mostrándoles el cielo, les daban a entender que venían para encaminarlos a la gloria. Admiraban los naturales el traje pobre, viéndolos rotos y descalzos, distinto del traje de los soldados españoles, y decían Motolinía: oyendo repetirlo tantas veces preguntó lo que quería decir, y sabiendo que quería decir pobre, Fr. Toribio de Benavente trocó su nombre por Motolinía. Salieron de Tlaxcala para México a pie, como habían venido, acompañados de muchos nobles, que ya eran cristianos; y salió con todos los capitanes y principales de México el católico Cortés a recibir a los venerables padres: encontrólos en la calzada, y al punto, hincado de rodillas, besó la mano al venerable padre fray Martín de Valencia, y a cada uno de por sí; lo mismo hicieron los capitanes y principales (acto de pechos católicos), y volviéndose a los naturales, por su intérprete les dijo: Aunque yo estoy en nombre del emperador, gobierno los cuerpos; pero estos padres vienen en nombre de la cabeza de la Iglesia, que gobierna las almas con autoridad del mismo Dios que adoramos para encaminarlas a su gloria: todo lo que los padres mandaren obedeceréis, y yo he de ser el primero que los obedezca. Acción que se pareció a la que hizo en el convento de Tezcuco, donde habiendo azotado a uno de los principales por faltar a misa, se alborotaron los demás, y el católico Cortés concertó con el padre que tardándose a la misa lo enviase a llamar y lo despojase y azotase, como sucedió, que presentes todos lo hizo despojar y se dejó azotar Cortés del religioso en las espaldas: no echaría Dios a las espaldas el mérito de acción

tan cristiana: hoy está el tiempo tal, que si un ministro azota a cualquiera, con oprobios y vilipendios lo azotan; y si no tiene quien le haga espaldas, le castigan con reprensiones, porque tienen los indios quien les haga, para salirse con sus maldades, espaldas.

Después de quince días de llegados, que fue su llegada a 23 de Junio, juntó a Capítulo el venerable padre fray Martín de Valencia, y día de la Visitación de Nuestra Señora hicieron diez y siete religiosos elección de Custodio: salió con todos los votos el venerable padre fray Martín de Valencia: pusieronle por nombre la Custodia del Santo Evangelio, resucitando este soberano título la provincia de San Gabriel cuando se erigió en custodia el año de 1500 por concesión de Alejandro VI, hecha al venerable padre fray Juan de Guadalupe, hasta que el año de 519 se erigió en provincia con el título de San Gabriel, porque el reverendísimo comisario general ultramontano se llamaba fray Gabriel María: hizo una plática llena de espíritu, en que les significó que debían dar gracias a Dios por haberles elegido por predicadores apostólicos en la conversión de un nuevo mundo; que la predicación se había de acompañar con guardar en la obra lo que predicaban con palabra, guardando a Dios Nuestro Señor la fidelidad divina de predicadores de su Evangelio.

Después de la elección de prelado, siguiendo la doctrina del Evangelio y mando de Cristo Nuestro Señor que a sus apóstoles sagrados ordenó, se dividieron de cuatro en cuatro. Unos a Tezcucó, que tenía cerca de treinta mil vecinos sin las provincias que estaban a aquel reino sujetas. Otros a Tlaxcala, que tendría con sus sujetos cerca de doscientos mil, y otros a Huexotzinco, que tendría más de ochenta mil, quedándose con tres compañeros el venerable fray Martín en México: de estas cuatro primeras casas acudían a las cuatro partes de la Nueva España los primeros obreros, que habiendo comunicado entre sí la manera de doctrinar, se despidieron unos de otros con lágrimas de ternura para la parte que les cupo. Fueron bien recibidos en todas estas partes, y lo primero que hicieron fue hacer traer a las tiernas plantas de los niños, para que, como más desembarazados, aprendiesen las oraciones y se aficionasen desde luego al yugo evangélico, acordándose de lo que el espíritu Santo dice: *Bonum est Viro si portaverit iugum ab adolescentia sua.*—A la gente grande les hacían ju-

gar en patios grandes, donde en latín les hacían persignar y rezar las oraciones: de allí acudían a los pueblos comarcanos, hacían juntar todos los niños y los tenían en la casa donde se hospedaban: las madres les llevaban de comer y ropa limpia; pero como veían que los indios no entendían el latín, ni cesaban en sus idolatrías, ni podían aprender la lengua, viéronse afligidos, y acudieron a la fuente de misericordia con la oración, invocando a la virgen María y al glorioso arcángel San Miguel, que le eligieron por patrón de las lenguas: y desde entonces se mandó darle conmemoración a completas. Con este medio inspiróles Dios que con los niños que tenían por discípulos se hiciesen niños, y deponiendo la gravedad de sus personas, los ratos que podían se ponían a jugar con ellos con pajas y pedrezuelas para quitarles la vergüenza y con la comunicación aficionarlos: traían papel y tinta, y en oyéndoles un vocablo lo asentaban al propósito de lo que se hablaba: en juntándose comunicaban sus escritos y sucedía no acertar: a los niños les enseñaban castellano; y como hábiles, a pocos días los niños, no solo enmendaban lo que erraban, pero les hacían preguntas con que aprendían. En México, a los seis meses, el venerable padre fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Jiménez la predicaron, ayudados de lo que fray Pedro de Gante y fray Juan Tecto habían aprendido. Proveyó Dios que una señora española tenía dos niños españoles, que con la comunicación de los muchachos hablaban con elegancia, y pidieron a Cortés les mandase dar uno de ellos: diolo de muy buena gana, y fue como otro Samuel presentado al templo: llamábase Alonso, que después fue gran ministro, y se llamó fray Alonso de Molina. A éste llevaban de pueblo en pueblo con el hábito, leía a la mesa y era maestro en la lengua de los predicadores del Evangelio.

Los primeros pueblos que de México salieron a visitar, fueron, a instancia de los sobrinos de Moctecuhzuma, Cuautitlan y Tepetzotlan, donde eran señores. A Xochimilco salió el venerable padre Valencia con fray Francisco Jiménez; y mientras se les explicaban los misterios de fe, se ponía en oración el venerable padre, pidiendo a Dios Nuestro Señor su ayuda; y era tanta la devoción de los naturales, que salían en las canoas a llevar a los religiosos a sus pueblos comarcanos, que están en contorno de la laguna dulce: con esto y con los ministros que vinieron el año de 25, 27 y 28, se acrecentó la conversión de las almas y se borró la idolatría, valiéndose de

los niños que traían los ídolos a los padres ministros para que los hiciesen pedazos: tanto valor y esfuerzo cobraron los niños con la comunicación continua de los siervos de Dios, y tanto temor los naturales, que bastaban dos niños que enviaba el padre a traer a los demás de su presencia atados, elegidos instrumentos, débiles para cosas grandes, porque más se atribuye a virtud divina que a fuerza humana.

No contentos los religiosos con destruir los ídolos, viendo que los sátrapas continuaban sus sacrificios y celebraban fiestas idolátricas en que tenían su interés, determinaron destruir los templos, y el día de año nuevo, año de 35, en Tezcuco, donde había templos hermosos y torreados, quemaron los templos y las vestiduras gentílicas que usaban. En México, con este ejemplar, solicitaron con el gobernador que había quedado en lugar de Cortés, se pregonase no se hiciesen sacrificios; y aunque en la conquista quedaron los templos destruidos, en las ermitas celebraban lo que en los templos: procuraron quemar templos y vestiduras. Los españoles temerosos lo tuvieron a mal, por el peligro de que pudieran levantarse, y más estando ausente Cortés y ser pocos los españoles que habían quedado: corrió el rumor, y más de treinta días se pusieron en espía: los niños proseguían en el esfuerzo de ayudar a sus maestros. En este tiempo sucedió en Tlaxcala que saliendo a la plaza un sátrapa en figura del dios que llamaban —Ometochtli—, salieron los niños de la escuela, y con ánimo varonil, predicando que era aquella figura del demonio, fueron tantas las piedras que le tiraron, que lo dejaron muerto y entre piedras sepultado.

Descubriéronse en este tiempo las minas de Zacatecas, y fuéronse los españoles saliendo de la ciudad, no acordándose del aliamiento que temieron y buscando el interés de la plata que los llamaba; pero quiso Dios Nuestro Señor que no se imaginase que cuando Dios guarda la ciudad está segura, y en vano velan los que la guardan si Dios no la defiende.

Los religiosos, que estaban en las cuatro partes, salían a predicar la fe y a visitar los pueblos para destruir los ídolos. De Tlaxcala salieron por todas aquellas serranías hasta la mar. De Huexotzinco a Cholula, Tecamachalco y Mixteca. De Tezcuco a Otumba y Zempoala, y todo lo que toda al Norte: la primera vez que salieron fueron de aquellas provincias recibidos con arcos y festejos: en Tetepulco, después de haber oído las pláticas acerca de la fe y movidos de la devoción,

quemaron un templo suntuoso que tenían, haciendo pedazos los ídolos. De México salían a Toluca y a todo lo que pertenece al Occidente a promulgar la fe y a destruir las raíces de la idolatría.

Los primeros años pusieron todo cuidado en la enseñanza de los niños, teniéndolos consigo sin dejarlos ir a sus casas; traíanles las madres sustento y ropa limpia, y fueron bautizando a los que ya estaban instruidos en la fe, y estos niños eran los que en voz alta rezaban, enseñando a la gente grande: bautizaban a los niños pequeños que les traían, porque admitida la fe de los principales, no había riesgo de que se quedasen en su infidelidad, los que hicieron alguna contradicción fueron los sátrapas y sacerdotes falsos de los ídolos, y para convencerlos tuvieron muchas sesiones de demandas y respuestas con ellos: todas las trae a la letra el padre Sahagún, en dos partes divididas: en la primera trae treinta capítulos y en la segunda veintiuno: doctrina del Espíritu revelada con que convencieron a los dichos sátrapas y desterraron de la idolatría. El padre fray Toribio dice, que habiendo enviado un cacique del pueblo de Cuitlahuac por los padres, por varias veces fue el padre fray Martín de Valencia: recibió con gran regocijo, y habiéndoles predicado y bautizado algunos niños, fueron tantas las instancias de este cacique y la diligencia que puso, que en aquellos días supo persignarse y el Pater noster y Credo, y a sus ruegos lo bautizó y le puso Francisco, y fue el que llevó a México muchos muchachos a que aprendiesen la doctrina, y edificó luego un templo al príncipe de los apóstoles San Pedro; y hoy residen en el pueblo (a quien la primera vez llamaron los padres Valenzuela, por estar en una isla muy amena) los padres de Santo Domingo.

Bien sabían aquellos primeros padres que para bautizar a los adultos son tres cosas necesarias: la voluntad, fe y penitencia. La voluntad, con la predicación la hallaron en los naturales pronta, o porque quiso Dios Nuestro Señor llamarlos con inspiraciones, o porque fue la predicación tan eficaz, que eran las instancias y peticiones muy continuas; pero para la inteligencia de la fe que habían de recibir (por que uno que es bautizado y los misterios ignora, es como si se bautizara un dormido); para esto se valieron de la enseñanza por medio de la doctrina cristiana, y para la penitencia el que de-

testaran de la idolatría arrepentidos, con protestación de no volver a sus yerros: la voluntad es necesaria para la sustancia del sacramento, como lo determina el Concilio Toletano, 4 cap. 55, d. 45; y así, se le pregunta por tres veces repetidas al adulto si quiere ser bautizado: la fe es la que San Pablo predicaba a los gentiles y San Pedro pedía a los hebreos. (Actas, 20 v. 2) La penitencia es la verdadera detestación de la vida pasada, y la promesa de no volver a los yerros cometidos. Viendo, pues, el segundo año que estaba la mies madura y las instancias repetidas, determinaron empezar el bautismo por los barrios poniendo un día a todos Pedros, otro día Juanes, y así los demás santos; y el primer día, víspera de San Juan, en el patio de la capilla de San José bautizaron entre todos cuarenta mil personas, y los demás días a seis y a cuatro mil: preparándose los santos varones para empezar esta obra con ayunos y disciplinas: en Tezcuco al tercer año concurrieron de aquellos lugares promulgado el bautismo gran número de gentes, ya tenían otros cinco religiosos que habían llegado el año de 25, a fray Antonio Maldonado, fray Antonio Ortiz, fray Alonso de Herrera y fray Diego Almonte, que habían venido a los nueve meses de la provincia de los Angeles, sin otros que habían venido de Santo Domingo a ayudar a los primeros padres. Fue este bautismo sin óleo porque no lo había, y después que lo hubo fueron llamados para ponerles los óleos y para confirmarlos: con los moribundos que pedían el bautismo no era con tanto rigor el catequizarlos por la necesidad preguntando los principales misterios, como aconteció con un hijo de Motecuhzuma, señor de Tenayuca, que estando enfermo en el barrio de San Hipólito, fueron llamados los religiosos, y por ser hijo de tal persona, a quien Cortés sacó de México la noche triste y se quedó escondido en Tepetzotlan, fueron los oficiales reales, y al bautizarle, diciendo las palabras: —*Non te latet Satanas*— tembló de tal suerte, que creyeron que entonces salía el demonio y lo dejaba: fue su padrino Rodrigo de Paz, alguacil mayor de la ciudad, y se le puso por nombre Rodrigo; a su entierro acudió toda la ciudad y se enterró en la iglesia parroquial de San José con toda ostentación, como lo refiere el padre Motolinía y el padre Mendieta.